



MODA PARA EL PUEBLO

DE un tiempo a esta parte la cultura se ha puesto de moda, y el modisto ha sido don Ricardo de la Cierva, director general de Cultura Popular. La falda va a subir un poco sobre la rodilla, se abandonan los cruzados mágicos y cae la gorguera. Aunque no desaparezca el polisón, podrá ser investigado y su uso queda reducido a la noche. Se trata de darle al cuerpo de la cultura movimientos más sueltos y naturales, exponiendo sus encantos, o mejor dicho insinuándolos. ¿Esto es razonable? En mi opinión, que de ninguna manera es modesta, habría que tener en cuenta que el pueblo se embriaga con facilidad. Hay que darle pan y palo, o, lo que es lo mismo, cultura y televisión. Hegel y Canon, "España invertibrada" y "Estudio I", dodecafonismo y Peret, "Le Monde" y telediarario, "Gritos y susurros" y "Los

camioneros". Una política de contrarios es lo más conveniente, para que no se produzca lo que, en lenguaje técnico, se llama el desmadre. Los intelectuales deben comprender que ha llegado su hora, pero no mucho. Ponerse a explicar a Hegel, de buenas a primeras, o las hecatombes metafísicas de Picasso, no sería cultura, sino revanchismo. Debemos seguir la norma de un equilibrio bien entendido, no abandonando de golpe la crítica constructiva. El pueblo, que tiene esa alegría innata que hemos visto en las zarzuelas, se echa la zamarra al hombro y se va a la cultura como el que va a la verbena

de la Paloma. Detengámonos antes de que ocurra una catástrofe. Hagamos memoria de lo que pasó el día en que inauguraron la Edad Contemporánea en París. Y eso que nadie había convocado a los intelectuales de entonces, que eran los enciclopedistas. El pueblo se echó la zamarra al hombro y se fue de verbena a la Bastilla. No les contaré lo que pasó el día en que inauguraron el Renacimiento en Florencia, o la Edad Moderna en Constantinopla. Verdaderos días de luto fueron aquéllos. ¿Acaso es que había partidos políticos? No señor. Es que nadie advirtió que la cultura, a la que

se abría paso entre ovaciones, lleva siempre oculto en su seno un monstruo diminuto y terrible, más implacable que la vida: la conciencia. Cuando se quisieron dar cuenta, el desastre ya estaba consumado.

No quisiera que me tomaran por un pesimista. Bien está la cultura, pero en dosis homeopáticas, es decir, escasas. Y, sobre todo, con el freno y marcha atrás de la televisión. Nunca como ahora la televisión podrá servir tan eficazmente al pueblo. Por lo pronto, ya ha designado a Peret para la Eurocanción. Sólo cuando frente al deseo de cultura y de buen gusto se alza un vulgar pragmatismo de esa índole, podemos esperar que realmente el pueblo progrese sin las convulsiones habituales de todas las regeneraciones.

LICANTROPO

